

ducir acciones pasadas. No de otra manera que después de rota la lámpara y consumida la electricidad, á cuya luz trazo estas líneas, resulta imposible la reproducción de los rayos luminosos proyectados sobre mi mesa. Podré con otra lámpara y otra corriente eléctrica *producir* análogo efecto; pero *reproducir* el mismo, imposible de todo punto.

Y las dificultades expuestas, ó mejor dicho, los refutados absurdos toman mayores proporciones cuando se quiere estudiar el raciocinio en las falsas teorías preinsertas.

Supongamos una gran caldera de vapor con la cual se alimenten tres máquinas, destinadas una á hacer bujías, otra á mover un telar y la última á pulimentar cañones. Salta á la vista que la fuerza total encerrada en la caldera dependiente de la cantidad y tensión del vapor se ha dividido en partes, marchando cada cual á su cuerpo de bomba para allí imprimir al respectivo émbolo movimiento que, convenientemente transformado, dará por efecto los

productos á que hemos hecho referencia. No hay dificultad alguna en esta división de fuerzas cuando se trata de obras completamente independientes entre sí, como sucede en el caso expuesto. Mas á diario estamos observando y nosotros mismos haciendo otro género de obras en las que la división de la fuerza la esterilizaría por completo. Trátase de levantar un edificio con los siguientes datos y condiciones: el solar, de 2.000 metros cuadrados, la altura, 25 metros; 200 el número de habitaciones; cuatro galerías cuya longitud total fuese de 100 metros, con tres de ancho y seis de alto; dos salones, uno de 16, 10 y 8 metros respectivamente de largo, ancho y alto, siendo el otro de la misma altura y con un cuadrado por base de 10 metros de lado; entre ventanas y balcones han de sumar 450 por la parte exterior, mientras las del interior no han de pasar de 120; el coste total ha de ser menor de 5.000.000 de pesetas, entrando en la suma todo el decorado.

El arquitecto á quien se presentasen las antedichas bases para que con arreglo á ellas levantase el plano del proyectado edificio, le sería de absoluta necesidad conocer á la vez todos los datos antes de trazar la primera línea. Demos que la inteligencia sea una fuerza, aunque más perfecta, análoga á las físicas, y el problema dejaría tamañitos por su dificultad al mismo de la esfinge, la cuadratura del círculo y el movimiento continuo, pues al fin sobre estos últimos cabe la discusión, mientras el primero sería sencillamente insoluble para el hombre. El proyecto consta de muchas partes combinadas entre sí y sometidas todas á un plan general dirigido á obtener un todo completo y harmónico; á cada parte le corresponde su idea distinta, pues no ha de ser idéntica la cocina con el comedor, ni éste con el gabinete, etc... En gracia de la claridad, vamos á restringir el número de partes distintas, y por ende de ideas, únicamente á 1.000, con exclusión de la idea madre, de la cual han

de dimanar y hallarse subordinadas todas las demás.

Consecuentes siempre con nuestro propósito de *materializar* en lo posible los razonamientos usados, valiéndonos, con preferencia á otro alguno, del gran agente de la naturaleza en donde algunos creen encontrar la solución de los problemas, no solamente mecánicos é industriales, sino también los mismos de la vida y hasta los más transcendentales de la Psicología; con venia de los que sepan levantar el vuelo de su inteligencia á más altas regiones voy á representar esas mil ideas por otras tantas lámparas de incandescencia; y después de todo, dentro del error que impugnamos, resulta muy lógico el medio de concretar las ideas, puesto que, si el alma es una especie de fuerza eléctrica, las ideas serán una especie de lamparitas llenas de la luz debida al etéreo movimiento de aquélla.

De dos maneras, entre la multitud de combinaciones factibles, podríamos llegar á la iluminación de las referidas lámparas

en el transcurso de una hora, ya con una máquina de 50.000 wats de corriente, pudiendo en este caso lucir todas á la vez, yendo á cada una la milésima parte de la corriente, ó sea 50 wats, ó bien con un dinamo de 50 wats de corriente, luciendo cada lámpara por espacio de 3,6 segundos. En el primer caso salen los 50.000 wats de la máquina, y luego se divide la corriente general en 1.000 corrientes parciales, empleadas en poner incandescentes el mismo número de lámparas; es decir, la supuesta *alma-electricidad* distribuiría su potencia en 1.000 partes iguales, percibiendo otras tantas ideas que en el supuesto son las que constituyen el estudio del proyectado palacio. La independencia de cada corriente parcial, juntamente con la lamparita encendida, es tal que, si la economía lo permitiese, no habría dificultad que cada cual marchase, por su oculto camino, á la sombra de la envoltura aisladora á producir su efecto lumínico á 1.000 pueblos distintos de España; y si el Tesoro

no frunciere el entrecejo y apretase los cordones de la bolsa, no habría inconveniente en que los pueblos se hallasen repartidos por las cinco partes del mundo; de aquí puede colegirse cuán ajenas están las corrientes parciales, no ya del hecho, sino también de la mera posibilidad de fiscalizarse y sorprenderse mutuamente los secretos. Añádase ahora que la corriente general carece de existencia propia distinta de la que poseen las particulares, y tendremos que hay 1.000 lámparas, todas ellas brillantes y deslumbradoras, pero sin una general donde se fundan todas; y es más, sin la posibilidad de verificar la fusión sin destruirlas y privarlas de su peculiar existencia. Por lo tanto, la consabida *alma-fuerza física* podría dividir su energía en 1.000 partes iguales y formar las mil ideas del caso; pero, como esa *alma-fuerza* no tendría existencia distinta de las ideas parciales, resultaría imposible de todo punto la fusión de ellas en un molde común de donde surgiese el plano del edificio del ejemplo.

Veamos si el segundo supuesto resulta más favorable para los *materializadores* del alma. La corriente de 50 wats, efectivamente hace brillar á cada una de las lámparas por espacio de 3,6 segundo, viniendo á recorrerlas todas al cabo de una hora, lo que equivale á decir que la *fuerza anímica* había producido las mil ideas del caso. Mas debe tenerse muy en cuenta que la fuerza eléctrica convertida en luz dentro de la bombita primera no es la misma de la segunda, ni ésta la de la tercera, etc.; es decir, que la electricidad producida en la hora se ha fraccionado en 1.000 partes iguales, todas ellas independientes entre sí é individualmente distintas, como se desprende del hecho de que, después de iluminada la primera lámpara, no basta apagarla para encender la siguiente, sino que es necesario que la dinamo continúe andando y produzca *nueva* electricidad para, á su vez, ésta producir nueva luz. No se pierda de vista asimismo que con los 50 wats de corriente es imposible encender á la vez

las 1.000 lamparitas. Y aplicando las verdades consignadas á el *alma-fuerza física* tendríamos que podría ir percibiendo las mil ideas sucesivamente, pero sometida á la triste ley de borrarse la primera en el momento de brillar la segunda, y sin capacidad para abarcarlas todas ellas en una sola mirada y eslabonarlas entre sí á fin de formar un conjunto ordenado y fecundo en aplicaciones prácticas. Por manera que, si el alma humana no saliese de la humilde esfera de las fuerzas materiales, deberíamos declarar cómo imposible todo proyecto de construcción siquiera fuese de la humilde choza de pobre labriego. Y cuán absurdo sea tal afirmación díganlo, con la lógica contundente de los hechos la delicada maquinaria de un reloj, en donde, merced á la combinación de diversas ruedas, se señalan las lunas, los meses, días, horas, minutos y segundos; díganlo las grandes fábricas modernas, en donde por el movimiento rectilíneo y rígido de un émbolo se obliga á doblegar su dura cerviz y

prestar sus servicios al rey de la creación de mil diferentes modos y con mil distintos fines; dígalo el monumental monasterio que hoy me sirve de morada, en donde descuella entre todas sus maravillas artísticas la grandiosa idea del conjunto, fecunda madre de su magnificencia, y su severa belleza, trocada á veces en verdadera sublimidad por el silencio de la noche, los pálidos rayos de la luna y el gemir profundo de los vientos, unido todo á la apreciable condición de su comodidad. Y si no es posible en la hipótesis del *alma-fuerza* la concepción de una construcción material, en cuyo conjunto al fin y al cabo predomina lo concreto y sensible, ¿cómo podrían levantarse esos monumentos sublimes y pruebas incontrastables de la espiritualidad del alma humana, que llamamos la *Divina Comedia*, la *Jerusalén libertada*, el *Paraíso perdido*? Y elevándonos todavía á más suprasensibles regiones, ¿cómo pudo formarse, partiendo de lo tangible y concreto, la sublime ciencia de lo universal y transcen-

dente, contándose entre sus factores principales los grandes pensamientos de Platón, los sutiles razonamientos de Aristóteles, los grandiosos conceptos de San Agustín, desparramados como las estrellas del firmamento en el espacio inmenso de sus obras, de donde, recogidos, ordenados y adicionados por el Angel de las Escuelas, han llegado á constituir la monumental obra del siglo XIII titulada *Summa Theologica*? ¿Cómo han podido surgir de entre las groseras ondas de la materia las vaporosas y etéreas teorías para dar satisfactoria explicación de los fenómenos físicos, y sobre todo la ciencia de lo abstracto por excelencia, las Matemáticas, cuyas leyes han sido y están siendo el hercúleo brazo que comunica el soberano impulso á las ciencias de la naturaleza, con el cual han recorrido en pocos años inmensos espacios, franqueando insuperables barreras, escollos donde se habían estrellado la laboriosidad, la constancia y el genio de los antiguos?

No hay que dudarlo, como sucede con

todas las verdades evidentes, el abismo que separa á las fuerzas de la materia de las fuerzas psíquicas á medida que aumenta el conocimiento de los dos extremos, se va ensanchando más y más, apareciendo á la brillante luz de los progresos científicos como infinita; y de hecho es así, porque son como dos rectas divergentes, cuyo punto de partida es común, es decir, Dios; mas fuera de aquí, por mucho que se les prolongue jamás llegarán á encontrarse; y no sólo jamás se encontrarán, sino que, por el contrario, cada vez va siendo mayor la distancia que media entre dos cualesquiera de sus puntos.



§ II

LA ACTIVIDAD DEL ALMA EN LAS TEORIAS FISICAS EXPUESTAS

III

Admitida la teoría atómica, las fuerzas físicas no perseveran, sino que concluyen unas apareciendo otras mecánicamente equivalentes á las extinguidas. La hipótesis llamada de la unidad de las fuerzas físicas debiera denominarse de la semejanza y equivalencia de las fuerzas físicas.

ANTES de pasar adelante quiero orillar una dificultad que á alguno pudiera venirle á las mientes y hacerle creer que con ella quedaba debilitado el razonamiento anterior por lo que hace á la distinción existente entre la fuerza psíquica y las de la materia tratada de evi-